

## LIBERTAD

Al ser requerido por varios amigos, colaboradores de este periódico, nuestro sencillo concurso en favor de la Cultura, nos ofrece momento a propósito para exponer públicamente nuestra modesta opinión respecto del epígrafe que encabeza estas líneas, cuyo concepto, si bien ha sido glosado por muchos, no siempre ha sido bien comprendido por los más.

Todas las palabras, como tales, tienen su significado, y, por tanto, jamás deben expresar el que no les es propio; no obstante, con la palabra *libertad* ocurre que, sin duda por no haberse reparado lo bastante en lo que significa, no la hay más repetida ni peor aplicada.

Dicha palabra se deriva de su primitiva *libre* y ésta a su vez procede de la griega *leiboo*, que significa *mostrarse o surgir sin obstáculo*, y conforme a esta etimología decimos que corre el agua libremente por su cauce, libre cae la piedra cuando está en el aire, con relación por supuesto al principio de gravedad; asimismo observamos que en condiciones a propósito, libremente nacen, crecen y mueren las plantas, se desarrollan y viven los animales, en fin, que libre de obstáculos se desenvuelve por su propio vigor la Naturaleza toda.

Por consiguiente, cuando un ser físicamente considerado se muestra por lo que es en sí, sólo con relación a sus propiedades esenciales y a leyes por éstas determinadas, decimos que lo hacen libremente, esto es, sin obstáculos. A esta forma de libertad se llama *libertad física*.

Relacionado con las diferentes maneras de mostrarse la actividad humana en la Sociedad, se habla también de libertad civil, libertad política, libertad de comercio, de trabajo, de pensamiento, de cultos, etc. etc., cuyas formas de libertad no expresan otra cosa que la ausencia de obstáculos para en determinado sentido manifestarse el hombre, quien las hace ostensibles en forma de hechos.

Veamos con qué libertad se determinan estos hechos, para lo cual pongamos un ejemplo y reflexionemos un momento: Ahora concibo la idea de visitar a un amigo, inmediatamente acuden a mi mente todas las cualidades buenas y malas que conozco y recuerdo del amigo en cuestión, las cuales influyen en mí sobre el grado de efecto más o menos intenso que siento por él, dispongo de tiempo, considero el momento oportuno y hay probabilidad de hallarlo en casa, tengo objeto para hablarle y siento ya satisfacción para verle pronto; en fin, que me decido y pongo en práctica la ejecución de la idea preconcebida, esto es, visitar al amigo, lo que constituye un hecho de mi manifestación.

En esta sucesión de actos intelectuales hay que distinguir cuatro elementos, que son así de toda acción completa de la voluntad: 1.º la *concepción* de visitar al amigo; 2.º la *deliberación*, es decir, el examen de los motivos y móviles, que aquí son todos los datos que han acudido a mi mente; 3.º la *determinación*, o sea, el juicio que emite la razón después de deliberar sobre los motivos y móviles que he tenido presente, cuyo fallo constituye el acto característico de la voluntad; y 4.º la *ejecución*, que sigue siempre a la resolución, y consiste en los actos que han dado forma al hecho de visitar al amigo.

Analizado el presente hecho de la voluntad,

no obstante haber puesto en función casi toda la actividad del hombre, no hemos hallado por ninguna parte la facultad de elegir entre visitar o dejar de visitar al amigo, o sea, la *facultad de hacer o dejar de hacer una misma cosa*, a la que llaman *libertad moral* o *libre albedrío*. Por supuesto que, si ésta existiera, hubiéramos podido, a pesar de haber resuelto la razón visitar al amigo, hacer lo contrario, que equivaldría haber prescindido de la razón, cuyo hecho arbitrario fuera ilógico e irracional.

De donde se sigue, que el hombre, para que dignamente pueda ostentar ese elevado título, no necesita relegar la razón para adornarse con una facultad tan caprichosa y arbitraria como el libre albedrío, antes bien, debe procurar por todos los medios, supuesto el cultivo racional de las demás facultades intelectuales y una preparación esmerada para útiles impresiones y nobles sentimientos, desarrollarla y esclarecerla a fin de que se eleve sobre todas estas fuerzas, y como suprema facultad ordene y juzgue todos los acontecimientos a la luz de los principios en que se haya ilustrado y conforme al impulso de las disciplinadas emociones que experimente; pues, sólo de este modo es lógico suponer que el individuo hominal puede llegar a ser dueño absoluto de sí mismo, a la vez que hacerse acreedor a una libertad sin límites y a todas las concesiones que dispensarse puedan al ciudadano.

Para aproximarse a ese envidiable estado no hay más que entender y tener presente en todo momento la exactitud de este aforismo: «El hombre no puede serlo más que por la educación, ya que en la misma está el gran secreto del perfeccionamiento de la naturaleza humana; el que no está disciplinado es un salvaje.»

Declaran estas afirmaciones cual es el valor real y positivo de una acertada educación, por cuanto sólo ésta puede llevar al hombre a regiones donde todo es posible, disfrutando de una vida puramente racional, en cuya finalidad no han podido creer jamás los mediocres de todos los tiempos, llevados tan sólo por la vanidad de rutinarias e inocentes preocupaciones y por los sentimientos sociales poco elevados y egoístas, retrasando ignominiosamente la necesaria evolución de la Humanidad.

Habiendo demostrado que la falta de obstáculos con que se manifiestan los seres se expresa con la palabra *libertad*, cuando ésta se refiere a la independencia con que la razón determina los hechos humanos, se llama entonces *libertad racional*; luego, cuanto más razonable es el hombre, más libre.

Si está, pues, en la educación el secreto del perfeccionamiento de la naturaleza del ser racional, depende sólo de nuestro esfuerzo libertarnos más y más de los impulsos del instinto, de las solicitudes de la sensibilidad, de los caprichos de la irreflexión, incluso de la rémora social que se opone al mejoramiento de nuestro estado, ya que libertados por la razón nos hacemos capaces de poseernos y gobernarnos a nosotros mismos.

J. Galobardes

## Carta a Fabio

Ciudadano de \*\*\*

Parece. Fabio, que sólo viniste al mundo para usar del derecho de quejarte, porque te quejas siempre: un día por la mala cosecha, otro por los pésimos negocios, otro por la perra salud y siempre por la maldita política, que llegará a tragar tu hacienda, como ha tragado ya los mejores años de tu vida.

Recuerda que ya tiempo atrás me reí de la candidez con que me hablabas de los amigos políticos. En esos tiempos, en que la amistad particular se ha fosilizado del todo o se ha transformado en mero artículo de comercio, cuando es más fácil encontrar la gallina de los huevos de oro que un amigo, ¿qué será de esa amistad ficticia, que nos obliga a saludar a pillos y a tratar con bribones, por el hecho de militar en nuestro partido?

¿Lo ves? ¿Lo has visto, Fabio?

Y tú tienes la culpa; no hay derecho a que te quejes; buscaste el mal y el mal vino; levantaste la tapa del común y viste que apeataba. Sopórtalo, pues, sin quejarte, y aprende.

Los caudillos, y más esos sencillos capitos, con uno de los cuales te une, al parecer, íntima amistad, son de ese modo todos, aunque a veces no lo parezca. Te servirán con gusto para no disgustar a un correligionario; te servirán con gusto porque poco les cuesta; y te darán palabra, ¡palabra de político! Y tú confías en ella, confías en la palabra de un político. ¡Qué barbaridad! Nunca lo hubiera creído de ti, que encaneciste en las luchas sociales y de partido. ¡Confiar en la palabra de un político, que es como si dijéramos confiar en que la luna nos va a mandar las pesetas para nuestro pan de cada día!

Para sincerarte de esa plancha por confianza temeraria, me dices que él te dió «promesa formal», «palabra de honor», «palabra de caballero»... Pero, hijo, esas voces de formalidad, honor, caballerosidad, ¿las encontraste en el diccionario político? ¿Si, eh? Pero... huecas. En política, palabras, palabras, palabras. Esto es todo.

Tú estás apoyado sobre uno de los más bajos peldaños de la escala social y desde este punto viste a los políticos: te parecieron grandes oradores cuando no eran más que charlatanes; del mismo modo habrías tomado por ingeniero a un constructor de ratoneras. A grandes distancias los sentidos engañan: te mostraban el interés público y tú no viste que era el interés propio disfrazado de tal, pero bien disfrazado, ya que en hacer esto consiste su arte.

Les creíste y hasta fuiste su amigo con orgullo; les serviste porque creías en ellos como en Dios; les amaste porque eran grandes y porque podías esperar de ellos; te parecía que a su lado te encumbrabas cada día más, y... ¿lo has visto? Las águilas se transformaron en cuervos.

Lo eran ya.

Tú, antiguo luchador por el partido, habías pedido un favor; tras de ti, Servio pide lo mismo. Tú eres hombre seguro, amarrado a ellos. Servio es recién conquista, un novicio que está en la puerta todavía y podría volverse. ¡Nada! Que entre Servio de una vez.

¡Política de los políticos! Barrer para adentro. A ellos no les importa que su casa sea pronto un lodazal, ni les importa tropezar a su paso con basura, o, lo que es lo mismo, con

## LA OPINION se vende en

CASA ESTAPÉ : Plaza del Ganado, 34.

CASA GREGORIO : Calle de Prím, 82.